

apelable, ora lo lleve por una suave pendiente tapizada de bellas flores, por la que, adornado de las virtudes civiles, *patriotismo, filantropía, decencia, &c.*, llegue sin menester de Dios al pináculo del honor, ora la precipite por un fuerte declive, para que en su rápido descenso no obedezca otra ley, que el apetito de sus sentidos, y las exigencias torcidas de sus pasiones; en una palabra, esa moral, como no sea la evangélica, puede ser ó la inspirada en los mejores preceptos de Platón, ó en las peores voluptuosidades de los epicúreos.

Ya no me admiro ahora de que la enseñanza atea con esa filosofía, con esa ciencia, y con esa moral, haya degradado tanto al hombre de nuestros tiempos. ¿Os parece incompatible este aserto con el dictado de luminoso que lleva nuestro siglo? Señores, no pido que creáis gratuitamente á mi palabra; venid conmigo, demos una rápida ojeada sobre una de esas capitales más brillantes del mundo civilizado. ¡Ved allí! ¡Cuánta actividad, cuánto movimiento! ¡Cómo, entre las nubes de humo que arrojan centenares de chimeneas, se rebulle en oleadas un pueblo trabajador y *progresista*, cuya sorda algazara se confunde con los silbatos de las mil fábricas y locomotoras que pregonan los adelantos materiales del siglo! Pues ese pueblo es un mar picado que lleva en su seno los gérmenes de una próxima borrasca: un viento, no más un viento bastará para levantar sus destructoras olas, y romperá sus diques, y asolará la tierra, y esta catástrofe será la línea postrera de su infeliz historia. ¿Y sabéis por qué? ¡Ah! porque ese pueblo es pura materia, y la ma-

teria se corrompe; porque ese pueblo se apartó de Dios, y donde Dios no existe la vida es imposible.

Pero examinadlo más de cerca: mirad en las regiones de su política cuántas tinieblas; el derecho y la justicia son desconocidos, y en el seno de sus cámaras no se ventilan otros asuntos que el fraude, la usurpación, la baja perfidia: en sus altos funcionarios no impera el deber, sino los convenios secretos á cuyo cumplimiento sacrifican los intereses de la Patria. ¿Véis aquellos que surcan la multitud con sus carruajes de reverberantes ruedas, recibiendo inciensos y exigiendo respetos? Son los ricos, hombres insensibles á las lágrimas del pobre, que, como no esperan otra vida, sólo buscan amontonar riquezas en ésta, y satisfacer las pasiones que hierven en su ruin pecho oculto bajo elegante frac. Allá va una turba de hombres, vomitando libros, propalando sistemas, perfeccionando inventos y asombrando al vulgo con los partos de su ingenio. Son los sabios de hoy, que, arrancando la ciencia de su divino tronco, corrompen las masas con la difusión de ideas anticristianas, y los más de ellos ejecutan el indigno plan de vaciar las cabezas ajenas para llenar los propios estómagos.

Entre tanto, al pueblo se le grita que es libre, y el pueblo de pronto, aturdido con el estrépito de las máquinas y el bullicio de los talleres, lo cree sin reflexionar en su esclavitud y en que los mismos que le predicán igualdad y fraternidad, son los primeros en distinguirse de él en las calles, en los paseos, y. hasta en las tabernas.

¡Infeliz pueblo; le hicieron olvidar que sólo ante la fe somos iguales, que sólo en Cristo somos hermanos!

Le han quitado su religión, bálsamo que curaba sus heridas; le apagaron su fe, sostén de sus debilidades; por esto, cuando siente sus fuerzas agotadas por el duro trabajo, cuando ve que el sudor de su frente es la lluvia que fecunda las arcas del opulento, cuando advierte que es víctima del desprecio y hasta del odio de los que ocupan un peldaño más alto de la escala social, siente estallar en su seno un volcán de ira cuyas lavas rencorosas y vengativas lo arrastran á los excesos más horrorosos. Se vale de la fuerza bruta para vencer la fuerza moral, y ahí teneis á los antes tan honrados y laboriosos grupos de obreros convertidos en hordas espantosas de anarquistas, socialistas, y comunistas, que como ignoran que de los pobres y mansos es el reino de los cielos, van sedientos de sangre y oro, infundiendo terror por todas partes y segando cabezas de ricos y poderosos.

Pero donde más resaltan los estragos de la escuela atea es en los hospitales y prisiones: en aquéllos está la multitud de horripilantes víctimas que diariamente amontonan á los bordes del sepulcro las bajas pasiones, la enajenación mental y el puñal homicida. ¡Vedlos cómo esperan la muerte! Unos con ansia loca, otros con sumo espanto; y los más con desesperación y mortales dudas, porque les falta la moral cristiana, único consuelo en los grandes infortunios.

Cuadro no menos repugnante ofrece una cárcel:

allí se ha reunido lo más execrable de la humanidad, corazones carcomidos por el crimen, como ni creen ni esperan, es imposible que corrijan sus vicios con los grillos y el calabozo, antes bien, de aquella compañía de perdidos, unos salen más audaces y astutos, pero no menos malos, otros sin corregirse mueren en el cadalso, y los restantes deben quedar clamando contra el Estado: «si te esforzaste en pervertirnos, ¿por qué hoy que somos perversos nos castigas?»

Tenía proyectado, señores, transcribir aquí unos datos estadísticos muy curiosos, que manifiestan con hechos, cómo la instrucción laica es el termómetro que marca con su ascenso y descenso la mayor ó menor desmoralización de los pueblos; pero el temor de ser muy difuso me hace callarlos, y sólo diré, que, si queréis conocer el semillero de los graves males que brevemente hemos considerado, visitéis un plantel de enseñanza atea: observadlo todo. ¡Cuantos mapas geográficos, de Historia Natural, de pesos y medidas, figuras humanas desnudas, y qué sé yo!; pero no encontraréis las imágenes del Cristo y de la Virgen, polar estrella de los niños en sus borrascas escolares: en su lugar está el retrato de un *heroe* con limbo y laureles, y más arriba una águila que, con sus alas tendidas, no parece simbolizar la libertad, sino querer huir espantada por el culto idolátrico que allí se le tributa. Pero este arreo no es más que el signo del carácter moral del establecimiento: Entre cantos y bailes y contorsiones gimnásticas, se les enseña á los niños muy poco de muchas cosas, y nada, absolutamente nada de religión: con

lo cual salen del capullo esas mariposas levisimas incapaces de fijarse en nada útil, muy pagadas de su libertad y soñando en sus derechos; pero ignorantes de sus deberes y más ignorantes aún de la sumisión que deben al Criador y á los superiores.

Sin conocimiento de Dios, ni del orden sobrenatural, que los conforte en los agrios trances de la vida, se lanzan al colegio ateo para empeorarse, ó al seno de la sociedad para corromperla con el virus que acaudalaron en la escuela; porque esos niños van á ser naturalmente unos impíos, sea cual fuere la clase social á que pertenezcan, de la aristocracia, de la media ó de la plebeya, pero unos impíos.

Por supuesto, señores, que no esperéis que todos se presenten como tales, al menos entre nosotros: no, muy al contrario. Tal cual de ellos con su ligero barniz de urbanidad sabrá paliar sus errores. A primera vista es un joven atento, de finas maneras, laborioso, amador del orden, sin vicios... en una palabra, un tipo acabado de la honradez; aun hay quienes digan de él: «se educó en el ateísmo y quedó inmaculado». ¡Irreflexos! ¿No oís sus palabras?, ¿no véis su conducta? Se permite dudar los dogmas, ó interpretarlos del modo que pugnen menos con su criterio práctico; la religión le es despreciable ó indiferente; y si alguna conveniencia social lo lleva á la iglesia, va tan campante como al teatro ó al club. ¡Magnífica hechura del laicismo! Este joven va á servir á su causa mejor que los exaltados del gorro frigio.

¡Cuán diversa de la atea es la enseñanza religiosa! Oíd, señores, su origen:

Cuando Dios por su Verbo desplegó los cielos y la tierra, imprimió en ellos sus huellas, y en cada huella un remedo de sus divinos atributos: la luz semeja su hermosura, el espacio su inmensidad, las estrellas su excelsitud, el fuego su actividad, el huracán y el rayo su furor; los frutos pregonan su providencia, la fuerza de los elementos su poder, los pequeños insectos su sabiduría, el trino de los pájaros su amor y la fragancia de las húmedas rosas su ternura, *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manum ejus annuntiat firmamentum.*

Manifestado así el Verbo en el gran libro de la naturaleza, sólo falta que lo lea el hombre para quien fué escrito. Y en efecto, Adán radiante de luz infusa todo lo entiende, y además recibe de su Autor la misión de decifrarlo á sus hijos; pero apenas gustó su sabiduría cuando un negro velo cegó sus ojos; los signos del libro se volvieron enigmas, y el hombre ignorante se echó á andar por extraviadas sendas. Esto no impidió que en todo el período patriarcal, llenase su inspirado oficio de maestro, á la entrada de su tienda, ó á la sombra de un árbol. ¡Con todo, la humanidad seguía ignorante!.....

El Verbo se manifiesta segunda vez; pero ya no habla por las criaturas, sino que Él mismo se viste de carne y aparece entre los hombres; les descubre sin rodeos su eterno principio y su amoroso designio de enseñar á los mortales; afirma que es el único Maestro, que es la Verdad, que el que le sigue no anda en tinieblas; y cuando se torna al Padre, confía el supremo magisterio á la Iglesia

su amada esposa. ¡Oh justo y nobilísimo origen de la enseñanza cristiana!

A nadie sino al Autor del mundo compete iluminar y dirigir en el estudio del mismo mundo, y sólo por los caminos que Él marcara, se puede avanzar mucho, y con positivo progreso.

Efectivamente, la ciencia católica en alas de la razón y guiada por la fe, no reconoce más límite que el del misterio. Visita y explica todos los secretos del universo: á manera de abeja laboriosa recoge los adelantos del día, les quita la corteza materialista ó racionalista que los envuelve y les da un ensanche muy más amplio de lo que hubieran deseado sus autores. Acepta por ejemplo, la nebulosa de Laplace, el éter de los modernos, las largas épocas de los geólogos y las coordina sabiamente con el *creavit coelum et terram* del Génesis y con los seis días de la creación. Lo único que rechaza es la impiedad por injusta é ignorante.

Esta ciencia, no inconsecuente como la atea, jamás funda sus conclusiones en absurdos, ni vuelve las armas de sus inventos contra la revelación; antes bien, sabedora de que la verdad no se opone á la verdad, busca siempre el modo de conciliar el relato bíblico con los descubrimientos científicos y arqueológicos, la filosofía con la teología, los frutos de la razón con el testimonio de la fe; puesto que todas estas cosas son á la vez manifestaciones de la misma Verdad que no puede contradecirse. En su historia nos ofrece un colosal espejo que retrata con rara fidelidad los hechos como han sucedido, pudiendo en él, desde sus respectivos observatorios, estudiar y aprender en los ejemplos

pasados, el diplomático, el político, el científico, y los demás analizadores del espíritu y de las evoluciones de las cosas humanas *obusbaumet, spirit*
 Mas ¿para qué seguir discutiendo por todos los ramos de la escuela católica para verla siempre verdadera, siempre reportadora, de grandísimos bienes, si todos nosotros estamos sintiendo su provechosa influencia? ¿á qué debemos, si no, el valor con que apuramos el cáliz acaso muy amargo de la vida, sin ocurrirnos siquiera la idea de buscar el mentido alivio de la tumba, como lo hace el cobarde que se suicida? ¿por qué llevamos alegres el yugo de un deber que las más veces pudiéramos saeudir impunemente? ¿dónde aprendimos el respeto al derecho ajeno, el amor al orden civil y doméstico, la sumisión á los poderes legítimos del talento y de la fuerza? ¿dónde, señores? Preguntadlo á vuestra conciencia, y ella os dirá: allí donde aprendisteis que el alma es inmortal, que el hombre no se pertenece á sí propio, que la libertad no es el libertinaje, que toda autoridad viene de Dios, así también como toda ciencia. Esto al menos me dice una voz íntima, y también me dice que sin estas doctrinas yo sería un malvado, porque tengo en mi propia miseria tamaños para serlo. No se de vosotros que sintáis.
 Si pasásemos ahora de nuestra propia observación á la de todo el mundo, fácil sería evidenciar conforme al veredicto de la historia, que los grandes acontecimientos, las crisis regeneradoras, políticas y científicas se han efectuado bajo la influencia de la enseñanza católica, la cual puede compararse á un rico venero de bienhechoras

aguas que brotando de Dios, se depositan en la Iglesia, y luego se difunden por la faz renovada de la tierra, fecundando y reverdeciendo todo cuanto riegan; pero no, únicamente y con harta brevedad contemplaré la inmutabilidad asombrosa de esta enseñanza, cualidad, que en nuestros días contrasta singularmente con la elástica movilidad de su indigna rival la enseñanza atea. A proporción que ésta, so capa de ir con los adelantos del siglo, acepta innumerables teorías reñidas todas con la verdad revelada, aquélla, sin estimar su falso brillo las rechaza, las rebate, las confunde y, sostenida de lo alto, sigue dando pasos muy firmes y agigantados con admiración de los verdaderos sabios. La enseñanza atea multiplica el estudio de las ciencias naturales y los combina sin cesar de modos varios, dando á los programas de sus escuelas el aspecto de un pueril caleidoscopio en que con unas cuantas piedrecillas ofrece á la vista hermosas figuras, figuras que en la práctica son nulidades y desengaños científicos. La católica por el contrario, mentora fiel de la juventud, la aplica de preferencia á los estudios que mejor cuadran con su índole, proponiéndose con ello formar en los colegios, no eruditos campanudos, sino jóvenes habituados al estudio.

El Sr. Ortí y Lara, bien empapado en la conveniencia de este método opina que «La mira principal de un colegio católico debe ser restaurar lo que la revolución ha destruido en este ramo, es á saber, la educación piadosa de la juventud, el conocimiento de la lengua latina y el estudio de la filosofía cristiana». Finalmente, la atea, ocultando

sus avanzados fines, se presenta á menudo ante el pueblo católico disfrazada de cierto modo para no espantarlo, ofreciendo con una mano fingido apoyo á la juventud y empuñando en la otra la genuina expresión de su carácter hipócrita, un estandarte que si bien lleva escrito en su faz visible: «Instruir para educar», en su reverso se lee: «Nuestro fin último es el de Voltaire y de la Revolución Francesa: *El anonadamiento eterno del Catolicismo, y hasta de la idea cristiana*». ¡Declaración terrible de la venta suprema del Carbonarismo! No así la enseñanza católica que llena de dignísima entereza, ni avanza temeraria, ni retrocede cobarde, ni encubre sus fines: sabedora de la legitimidad de su origen y del sagrado derecho que la asiste, se mantiene en su puesto, sin ceder un sólo palmo de su campo al error, y cuando éste exasperado con la resistencia que encuentra, se lo invade por la fuerza bruta, aquélla más y más denodada, ya que no puede librar de la ruina á los individuos, salva al menos íntegros los principios, precioso depósito que le está confiado.

Hoy más que nunca, son heroicos los esfuerzos de la escuela católica, porque hoy más que nunca es poderoso el elemento contrario.

En épocas anteriores los soldados de nuestra bandera, al batirse abrigaban la certeza de que volvían sus armas contra enemigos declarados; mas al presente no es raro ver en las opuestas filas, que nos asestan tiros los mismos que ayer nos estrecharon con amigable abrazo, porque creen ó fingen creer que rinden tributo á Dios, matando la enseñanza católica.

Esta doblez griega es tan universal y de tan tristes resultados, que no nos queda otro recurso que el de trazar una línea divisoria bien definida entre ellos y nosotros, y jurar guerra eterna á los contrarios.

Señores, respetad este plan porque no es mío: él se formó en el cerebro y en el corazón de aquel hombre que es el cerebro y el corazón del mundo. El Santo del Vaticano palpando nuestra difícil situación y alcanzando con su mirar de águila lo pernicioso que sería cualquiera transacción con el enemigo en este terreno, ha librado esta orden recio, muy recio para que todos le oyesen: «*Operad escuela contra escuela*», y nosotros estamos prontos á morir obediéndole.

Hasta aquí he delineado rápidamente, como lo habéis oído, algunos rasgos que descubren el principio y naturaleza de la enseñanza católica; mas para hablar de sus consecuencias propiamente dichas, con el orden que se merecen, soy de sentir que debiéramos comenzar estudiando la vida de un pueblo determinado desde el origen, no de su genealogía, sino de su civilización, para ir presentando su tránsito sucesivo del salvajismo á las dulces costumbres, de la ignorancia á la cultura, de la superstición á la fe, obrado en los adultos de modos más ó menos distintos, y en la niñez y juventud, de la manera más natural mediante la educación cristiana. Si á este plan hubiera de sujetarme, no elegiría por cierto á los francos, ni á los visigodos, ni á los suevos, ni á los anglosajones, ni á los lombardos, ni á los borgoñones

para verlos deponer su fiereza y sus armas y adorar reverentes una cruz; sino al pueblo de Moctezuma y de Cuauhtemoc, para verlo abandonar la piedra de los sacrificios donde inmola á Belial hecatombas de víctimas humanas, y correr presuroso en torno de unos humildes religiosos que le hablan con amor, le reciben en sus brazos, le enseñan cuanto saben y están prontos á dar por él hasta la misma vida.

Señores, la conquista del Anahuac la obraron los misioneros; no con la fuerza de las armas, sino con la blandura de su amoroso cayado; no para realizar planes tiránicos, sino para romper las cadenas del esclavo. Olmedo, Valencia, Sahagún, Zumárraga, Gardés, de las Casas, Gante y los demás benditísimos frailes que nos trajeron la luz del Evangelio; he ahí á nuestros bienhechores, á nuestros maestros, á nuestros padres en la fe! A su infatigable celo se debe nuestra cultura; ellos con su educación nos legaron cuantos bienes poseemos, y cuantos nos ha llevado la astucia libalesca, y ellos un día se levantarán contra nosotros para pedirnos los frutos de la semilla que echaron en nuestro suelo.

Pasaríamos en seguida á considerar como el catolicismo inculcado en los niños desde la escuela, transformó radical y completamente la familia azteca del siglo XVI en la familia cristiana de nuestros días. Y si continuásemos discurriendo de esa suerte, llegaríamos sin dificultad á este resultado: la prosperidad relativa de Méjico se ha medido siempre y seguirá midiendo por su fe; pero no por señores; semejante estudio en presencia vuestra

me acusaría de inoportuno, ya porque parecería que intentaba convencerlos de una verdad que os tiene felizmente cautivos, ya porque me expondría á lastimar vuestro sentimiento religioso proponiéndoos como tesis lo que vosotros tenéis por principio indemostrable.

He terminado, señores, el cuadro que me propuse pintar, pero me queda el desconsuelo de verlo en su conjunto pálido de colores, indeciso de contornos. La enseñanza sin Dios es más absurda y dañina de lo que la he figurado, la católica incomparablemente superior á las someras indicaciones que de ella hice, y el combate de las dos tan formidable, que no cabe ser enarrado con palabras. Bajad vosotros mismos á la arena y presenciad con vuestra observación particular la lucha. Imaginaos un monstruo de prodigiosa fuerza, cuenta con los poderes de la tierra, la masonería que le dió el ser le ha comunicado también su instinto de rabioso odio contra Jesucristo; es la encarnación viva de todas las herejías y la quinta esencia de los ataques contra la Iglesia; su fin único es extinguir el catolicismo y perder á la humanidad; los ardidés de que al efecto se vale son tan varios y ocultos, que muchas veces, y acaso sin saberlo, entran en la realización de sus planes impíos, católicos y hasta hombres de recto corazón. Se arrastra amenazador y, erguidas sus testas coronadas, se abalanza contra la enseñanza cristiana, emanación purísima del cielo porque brotó de Dios y Dios la trajo á la tierra, contra ese ángel de paz que junta en estrecho abrazo la fe con la razón, la revelación con la ciencia, contra esa solícita bien-

hechora del hombre que guiándolo por el conocimiento de las criaturas lo eleva muy más allá del firmamento para que lo vea todo en su origen, *junto y distinto*.

«Lo que es y lo que ha sido

Y su principio propio y escondido».

Se abalanza, digo, el monstruo y amaga arrancar por completo la juventud del regazo de su émula, y empeñan el combate, combate que durará cuanto dure la presa que se disputan.

Pero no temáis, señores, por la escuela católica; su causa es la causa de la Iglesia, y como la Iglesia ella es inextinguible. Por eso sus colegios aquí ó allá, en auge ó abatidos, siempre están en pie prestando considerables beneficios. En Europa..... mas ¿para qué buscar ejemplos extranjeros? allí está un testigo en esa juventud. Hablad vosotros, jóvenes liceístas; dad testimonio de que hay entre nosotros un colegio católico, decid la educación que en él se os imparte. ¿Verdad que aprendéis la ciencia, como lo patentizan las coronas que os esperan, y á la par de la ciencia se os ejercita á correr por el camino del bien? ¿De cuántos trabajos, cuidados y sacrificios sois objeto! Mañana quizá, ¡Dios no lo quiera, yo no lo vea!, olvidaréis los rectos principios, traicionaréis al amigo, venderéis al maestro; pero esto no os lo enseñó el colegio; antes por el contrario, frescos tenéis en la memoria sus saludables consejos. Vosotros palpáis que en orden á vuestro bien no tiene término el desinteresado afán de vuestros profesores, y sobre todo, el de aquel incansable sacerdote que más que Director, es fundador y padre del estableci-

miento. Esta misma solemnidad ¡qué cosas no dice á vuestra gratitud! ¡Cuánto la compromete! ¡sin embargo, ¿qué es lo que hagis señores? Perdonadme: advierto que mis palabras desmienten mi propósito. Dije que vino á ensalzar al Liceo y no lo ensalzaré. He cumplido mi intento de exponer simplemente la enseñanza que combate á la católica que prodiga á vosotros corresponde formar de él el juicio que se merece. Si lo encontráis censurable, lanzadle al rostro los más agrios reproches, despreciadle, maldecidle; pero maldecid antes á los jóvenes que esperan entusiasmados el premio de sus victorias literarias, arrancad de sus sienas las coronas, holladlas, despedazad sus flores, maldecid también la Religión purísima que inculca y la ciencia que enseña, porque esto, y todo esto es el Liceo Católico; pero si no, entonces, señores, yo no pido que le hagáis favor haceldle justicia. He dicho.

Querétaro, Septiembre 12 de 1899.



POESÍA

del Sr. Notario Público D. José

Antonio Maldonado.